

Las crónicas de Clifton

Jeffrey Archer

Los pecados
del padre



«Los pecados del padre» lleva al lector a asombroso viaje desde los bajos fondos de Bristol a las salas de juntas de Manhattan. El libro da comienzo en Nueva York, 1939. Harry Clifton, bajo la nueva identidad de Tom Bradshaw, se encuentra arrestado por homicidio en primer grado. Cuando Sefton Jelks, un abogado estrella de Manhattan, le ofrece sus servicios sin esperar pago a cambio, Harry no tiene más remedio que aceptar la oferta, pues no le queda un centavo. Después de que Harry sea hallado culpable y condenado en el juicio, Selks desaparece misteriosamente. La única forma que tendrá Harry de demostrar su inocencia será revelar su verdadera identidad, cosa que ha jurado no hacer para proteger a la mujer que ama. Mientras tanto, su amada Emma Barrington viaja a Nueva York. Ha dejado a su hijo en Inglaterra tras decidir que hará todo lo posible para encontrar al hombre con quien esperaba contraer matrimonio, incapaz de creer que ha muerto en el mar. La única prueba que posee es una carta que ha permanecido cerrada sobre la repisa de una chimenea en Bristol desde hace más de un año. Sin embargo, la letra de la carta es inconfundible.

Mi agradecimiento a las siguientes personas por sus inestimables consejos e investigaciones:

Simon Bainbridge, Eleanor Dryden, Dr. Robert Lyman (FRHistS), Alison Prince, Mari Roberts y Susan Watt.

«Pues yo el Señor tu Dios soy un Dios celoso y contemplo los pecados de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación...».

Libro de Oración Común

HARRY CLIFTON

1939-1941

1

—**M**e llamo Harry Clifton.

—Claro, y yo soy Babe Ruth —dijo el detective Kolowski mientras encendía un cigarrillo.

—No —dijo Harry—, no lo entiende. Ha habido un terrible error. Yo soy Harry Clifton, inglés de Bristol. Serví en el mismo barco que Tom Bradshaw.

—Guárdese para su abogado —dijo el detective exhalando profundamente y llenando la pequeña celda con una nube de humo.

—No tengo abogado —protestó Harry.

—Si yo estuviera en el apuro en el que está usted, muchacho, consideraría que contar con Sefton Jelks de mi lado era mi única esperanza.

—¿Quién es Sefton Jelks?

—Quizá no haya oído hablar del abogado más listo de Nueva York —dijo el detective expulsando otra nube de humo—, pero tiene cita para verlo mañana por la mañana a las nueve, y Jelks no sale de su oficina a no ser que paguen su factura por adelantado.

—Pero... —empezó Harry mientras Kolowski golpeaba con la palma de la mano la puerta de la celda.

—Así que cuando aparezca Jelks por la mañana —prosiguió Kolowski ignorando la interrupción de Harry—, será mejor que venga usted con una historia más convincente que eso de que hemos arrestado al hombre equivocado. Le dijo al oficial de inmigración que era Tom Bradshaw, y si él lo creyó así, también lo creerá el juez.

La puerta de la celda se abrió, pero no antes de que el detective expulsara otra bocanada de humo que hizo toser a Harry. Kolowski salió al pasillo sin decir otra palabra y

cerró la puerta de golpe a su espalda. Harry se dejó caer en una litera que estaba pegada a la pared y apoyó la cabeza en una almohada dura como un ladrillo. Contempló el techo y empezó a pensar en cómo había acabado en una celda policial al otro lado del mundo y acusado de asesinato.

La puerta se abrió mucho antes de que la luz de la mañana pudiera colarse en la celda a través de los barrotes de la ventana. A pesar de lo temprano de la hora, Harry estaba totalmente despierto.

Un guardia entró con una bandeja de comida que el Ejército de Salvación no habría considerado ofrecerle a un vagabundo sin un centavo. Dejó la bandeja en la pequeña mesa de madera y salió sin decir una palabra.

Harry echó una mirada a la comida antes de ponerse a andar de un lado a otro. Con cada paso se sentía más confiado de poder solucionar el asunto rápidamente en cuanto le hubiera explicado al señor Jelks la razón por la que había cambiado su nombre por el de Tom Bradshaw. Probablemente el peor castigo sería la deportación, y como él siempre había tenido la intención de volver a Inglaterra para alistarse en la marina, todo cuadraba con su plan original.

A las 8.55, Harry estaba sentado en el borde de la litera, impaciente por que apareciese el señor Jelks. La pesada puerta metálica no se abrió hasta pasados doce minutos de las nueve. Harry se levantó de un salto mientras un guardia de la prisión se hacía a un lado para dejar pasar a un hombre alto y elegante con el cabello gris. Harry pensó que tendría más o menos la edad del abuelo. El señor Jelks vestía un traje cruzado de raya diplomática azul oscuro, una camisa blanca y una corbata a rayas. El aspecto cansado de su rostro le sugirió que pocas cosas le sorprendían.

–Buenos días –dijo dirigiéndole a Harry una ligera sonrisa–. Mi nombre es Sefton Jelks. Soy el socio principal de Jelks, Myers y Abernathy, y mis clientes, el señor y la señora Bradshaw, me han pedido que le represente en su inminente juicio.

Harry le ofreció a Jelks la única silla de su celda, como si fuera un viejo amigo que se hubiera dejado caer por su estudio en Oxford para tomar una taza de té. Se sentó en la litera y contempló al abogado mientras este abría su maletín, extraía un bloc de notas amarillo y lo ponía sobre la mesa.

Jelks sacó una pluma de un bolsillo interior y dijo:

–Quizá podría empezar contándome quién es usted, ya que ambos sabemos que no es el teniente Bradshaw.

Si al abogado le sorprendió la historia de Harry, no dio muestras de ello. Con la cabeza inclinada, tomó numerosas notas en su bloc amarillo mientras Harry explicaba cómo había acabado pasando la noche en la cárcel. Cuando terminó, Harry dio por hecho que sus problemas habían terminado, al tener de su lado a un abogado con tanta experiencia. Es decir, lo dio por hecho hasta que oyó la primera pregunta de Jelks.

–¿Dice que le escribió una carta a su madre mientras se encontraba a bordo del Kansas Star, explicándole por qué había asumido la identidad de Tom Bradshaw?

–Es correcto, señor. No quería que mi madre sufriera innecesariamente, pero al mismo tiempo necesitaba que ella comprendiese por qué había tomado tan drástica decisión.

–Sí, puedo entender por qué pudo haber considerado que cambiar de identidad solucionaría sus problemas inmediatos, sin darse cuenta de que eso le acarrearía una serie de problemas aún más complicados –dijo Jelks. Su siguiente pregunta sorprendió todavía más a Harry–: ¿Recuerda el contenido de esa carta?

–Por supuesto. La escribí y reescribí tantas veces que podría reproducirla casi literalmente.

–Entonces permítame poner a prueba su memoria –dijo Jelks, y sin otra palabra arrancó una hoja de su bloc amarillo y se la entregó junto con su pluma.

Harry dedicó unos momentos a recordar las palabras exactas antes de ponerse a reescribir la carta.

Querida madre:

He hecho cuanto he podido para asegurarme de que recibes esta carta antes de que alguien pueda contarte que resulté muerto en el mar.

Como muestra la fecha de esta carta, no sucumbí cuando el Devonian se hundió el 4 de septiembre. De hecho, me sacó del mar un barco norteamericano, y te aseguro que estoy vivo. Sin embargo, me surgió la oportunidad de asumir la identidad de otro hombre, y así lo hice, en la esperanza de que os liberaría a ti y a la familia Barrington de los muchos problemas que al parecer he causado involuntariamente a lo largo de estos años.

Es importante que sepas que mi amor por Emma no ha disminuido en modo alguno; todo lo contrario. Pero no creo tener derecho a esperar que se pase el resto de su vida sujeta a la vana esperanza de que en algún momento sea capaz de probar que Arthur Clifton y no Hugo Barrington era mi padre. De este modo, ella podrá al menos considerar su futuro con otro hombre. Envidio a ese hombre.

Tengo pensado volver a Inglaterra en un futuro cercano. Si recibes alguna comunicación de un tal Tom Bradshaw, seré yo.

Me pondré en contacto contigo en cuanto ponga un pie en Inglaterra, pero, mientras tanto, debo

rogarte que guardes mi secreto con la misma firmeza con que guardaste el tuyo durante tantos años.

Tu hijo que te quiere:

Harry.

Cuando Jelks hubo terminado de leer la carta, de nuevo cogió a Harry por sorpresa.

—¿Envió usted mismo la carta, señor Clifton —preguntó—, o confió esa responsabilidad a alguien más?

Por primera vez Harry desconfió, y decidió no mencionar que le había pedido al doctor Wallace que enviase la carta a su madre cuando volviese a Bristol en un par de semanas. Temía que Jelks persuadiera al doctor Wallace para que le entregase la carta, y entonces su madre no tendría forma de saber que seguía vivo.

—Envié la carta al llegar a tierra —dijo.

El abogado se tomó su tiempo antes de proseguir.

—¿Tiene alguna prueba de que usted es Harry Clifton y no Thomas Bradshaw?

—No, señor, no la tengo —dijo Harry sin vacilar, dolorosamente consciente de que nadie a bordo del Kansas Star tenía ningún motivo para creer que no fuese Tom Bradshaw, y de que las únicas personas que podían verificar su historia se encontraban al otro lado del océano, a más de tres mil millas de distancia, y que no tardarían mucho en ser informadas de que Harry Clifton había muerto en el mar.

—Entonces podría ayudarle, señor Clifton. Eso asumiendo que aún desea que la señorita Emma Barrington piense que está muerto. Si es así —dijo Jelks con una sonrisa insincera en el rostro—, podría ofrecerle una solución a su problema.

—¿Una solución? —dijo Harry, sintiendo alguna esperanza por primera vez.

–Pero solo si se ve capaz de seguir representando el personaje de Thomas Bradshaw.

Harry permaneció en silencio.

–La oficina del fiscal del distrito ha aceptado que los cargos contra Bradshaw son en el mejor caso circunstanciales, y la única prueba real a la que se aferran es que este abandonó el país el día después de que se cometiera el crimen. Conscientes de la debilidad de su caso, han aceptado retirar el cargo de asesinato si se declara culpable del cargo menor de deserción mientras servía en las fuerzas armadas.

–Pero ¿por qué iba a aceptar eso? –preguntó Harry.

–Puedo pensar en tres buenas razones –replicó Jelks—. En primer lugar, si no lo hace es probable que acabe pasando seis años en prisión por entrar en Estados Unidos de manera fraudulenta. En segundo lugar, conservaría su anonimato, y así la familia Barrington no tendría ninguna razón para pensar que aún vive. Y en tercer lugar, los Bradshaw están dispuestos a pagarle diez mil dólares si ocupa el lugar de su hijo.

Harry comprendió inmediatamente que aquella era una oportunidad para resarcir a su madre por todos los sacrificios que había hecho por él a lo largo de los años. Una suma tan grande de dinero transformaría su vida y la permitiría escapar del miserable apartamento de Still House Lane y de la llamada semanal a la puerta del cobrador de la renta. Incluso podría pensar en dejar su empleo de camarera en el Grand Hotel y empezar una vida más fácil, aunque esto Harry lo veía improbable. Pero antes de aceptar el plan de Jelks, tenía algunas preguntas que hacer.

–¿Por qué iban a querer los Bradshaw llevar a cabo un engaño como ese cuando tienen que saber que su hijo murió en el mar?

–La señora Bradshaw está desesperada por limpiar el nombre de Thomas. Nunca aceptará que uno de sus hijos haya podido matar al otro.

—¿Así que de eso acusan a Tom? ¿De matar a su hermano?

—Sí, pero, como he dicho, las pruebas son endebles y circunstanciales, y ciertamente no se sostendrían ante un tribunal; por eso la oficina del fiscal del distrito está dispuesto a retirar los cargos, pero solo si aceptamos declararnos culpables del cargo menor de deserción.

—¿Y cuál sería la sentencia, si acepto?

—La oficina del fiscal ha acordado recomendar al juez que se le sentencie a un año, así que con buen comportamiento podría estar Ubre en seis meses. Bastante mejor que los seis años que puede esperar si insiste en decir que usted es Harry Clifton.

—Pero en el momento en que entre en la sala del tribunal, alguien se dará cuenta de que no soy Bradshaw.

—Es poco probable —dijo Jelks—. Los Bradshaw son de Seattle, en la Costa Oeste, y aunque gozan de una posición acomodada, raramente visitan Nueva York. Thomas se alistó en la marina cuando tenía diecisiete años, y, como bien sabe, no puso un pie en América durante los últimos cuatro años. Y si se declara culpable, solo permanecerá en la sala unos veinte minutos.

—Pero en cuanto abra la boca todo el mundo se dará cuenta de que no soy americano.

—Por eso no abriré la boca, señor Clifton. —El astuto abogado parecía tener una respuesta para todo. Harry intentó otra estratagema.

—En Inglaterra, los juicios por asesinato están llenos de periodistas, y la gente hace cola para entrar en la sala desde primera hora con la esperanza de echarle un vistazo al acusado.

—Señor Clifton, en Nueva York se están celebrando actualmente catorce juicios por asesinato, incluyendo el del tristemente célebre «asesino de las tijeras».

Dudo que asignen a este caso ni siquiera a un reportero novato.

–Necesito algún tiempo para pensarlo.

Jelks consultó su reloj.

–Tenemos que presentarnos ante el juez Atkins a mediodía, así que tiene poco más de una hora para decidirse, señor Clifton. –Llamó a un guardia para que abriese la puerta de la celda–. Si decide prescindir de mis servicios, le deseo suerte, porque no volveremos a vernos –añadió antes de salir de la celda.

Harry se sentó en el borde de la litera, meditando sobre la oferta de Sefton Jelks. Aunque no dudaba de que el abogado de pelo plateado tenía una agenda oculta, seis meses sonaban mucho mejor que seis años, y ¿a quién más podía recurrir, aparte de a aquel veterano abogado? Harry deseó poder aparecer en el despacho de *sir* Walter Barrington durante unos momentos y pedirle consejo.

Una hora después, Harry, vestido con un traje azul oscuro, camisa crema, cuello almidonado y corbata a rayas, era esposado, sacado de su celda, montado en un vehículo de la prisión y trasladado a la sala del tribunal bajo vigilancia armada.

–Nadie debe verlo como alguien capaz de matar –había declarado Jelks después de que un sastre visitara la celda de Harry con media docena de trajes, camisas y una selección de corbatas para que escogiese.

–No lo soy –le recordó Harry.

Harry se reunió con Jelks en el vestíbulo. El abogado le dedicó la misma sonrisa antes de abrirse paso a través de las puertas batientes y recorrer el pasillo central sin detenerse hasta llegar a los dos asientos vacíos en la mesa del defensor.

Una vez instalado en su silla, en cuanto le quitaron las esposas, Harry recorrió con la mirada la sala casi vacía. Jelks tenía razón. Muy pocas personas, y ciertamente ningún periodista, parecían interesadas en el caso. Para la prensa

debía de tratarse de un delito local más en el que el acusado sería probablemente absuelto; nada de titulares acerca de «Caín y Abel», porque no había posibilidad de silla eléctrica en la sala número cuatro.

Al sonar la primera campana anunciando el mediodía, se abrió una puerta en el otro extremo de la sala y apareció el juez Atkins. Caminó lentamente a través de la sala, subió las escaleras y ocupó su lugar tras la mesa en el estrado elevado. Luego hizo una señal con la cabeza en dirección a la mesa del fiscal, como si supiera exactamente lo que este iba a decir.

Un joven abogado se levantó de la mesa del fiscal y explicó que el estado retiraba los cargos por asesinato, pero que acusaría a Thomas Bradshaw de desertión de la Marina de Estados Unidos. El juez asintió, y volvió su atención al señor Jelks, que se puso en pie a su vez.

—Y del segundo cargo, por desertión, ¿cómo se declara su cliente?

—Culpable —dijo Jelks—. Confío en que su señoría sea indulgente con mi defendido en esta ocasión, porque no necesito recordarle, señor, que este es su primer delito, y antes de este inusual error tenía un historial impecable.

El juez Atkins frunció el ceño.

—Señor Jelks —dijo—, algunos podrían considerar que el que un oficial deserte de su puesto mientras sirve a su país es un crimen tan atroz como el asesinato. Estoy seguro de que yo no tengo que recordarle a usted que hasta hace poco tiempo, una falta como esa habría puesto a su cliente ante un pelotón de fusilamiento.

Harry se sintió mareado mientras miraba a Jelks, que no apartó los ojos del juez.

—Teniendo eso presente —prosiguió Atkins—, sentencio al teniente Thomas Bradshaw a seis años de cárcel. —Golpeó con el mazo y, antes de que Harry tuviera ocasión de protestar, dijo—: Siguiente caso.

–Usted me dijo... –empezó Harry, pero Jelks ya le había dado la espalda a su cliente y se alejaba. Harry estaba a punto de seguirlo cuando los dos guardias lo agarraron por los brazos, se los pusieron a la espalda y esposaron rápidamente al criminal convicto antes de sacarlo de la sala a través de una puerta que Harry no había visto antes.

Se volvió a mirar a Sefton Jelks, que estaba estrechando la mano a un hombre de mediana edad que claramente lo felicitaba por un trabajo bien hecho. ¿Dónde había visto Harry esa cara antes? Y entonces se dio cuenta... de que tenía que ser el padre de Tom Bradshaw.